

veces le ponía á punto de morir: y desde que empezó las misiones, y con pronta y entera sujecion de voluntad y entendimiento se dejó regir por las disposiciones de su santo Superior, siguiendo sus instrucciones puntualmente, por más que fuesen contrarias á su modo de ver ó inclinaciones; desterró aquel grave mal, y adquirió tantas fuerzas, que no se reconocía á sí mismo. «Mi salud,» escribía desde Civitavechia al P. Pignatelli, «va siempre de bien en mejor; y el sistema de alimentacion que guardo ahora, es el que más me aprovecha. Desde que lo adopté, no he vuelto á sentir mis dolores; y hace mucho tiempo que no me he sentido tan buenó.»

En este mismo mes de Mayo presentáronse á deshora al P. Pignatelli dos jóvenes, cuya vista le sorprendió agradablemente. Llamábanse Rafael Lettieri el uno, y Lucas Capponi el otro. Ambos eran novicios en Nápoles, cuando sobrevino la dispersion. Enviados á pura fuerza á sus pueblos, no hacían sino lamentar su desgracia de verse arrancados de la compañía de su P. José, sin que fuese parte para hacérselo olvidar el cariño de sus padres y hermanos. Y como el amor es tan ingenioso, buscaron y hallaron medio de escapar de sus casas y salir del reino, y se marcharon á Roma para arrojarlos á los pies de su Padre pidiéndole que no los abandonara. Enternecióse el buen Provincial con aquel admirable ejemplo de constancia y de amor á la vocacion; abrazólos amorosamente, y los envió al colegio de Orvieto á juntarse con los demás novicios no napolitanos, que allí continuaban su probacion.

Al mismo tiempo que en las cercanías de Roma prosperaban las misiones, desde la isla de Cerdeña se dirigían al P. Pignatelli en demanda de auxilio. Después que hubo dispuesto el P. Regonó su plan de lo que por entonces podía hacerse en aquella isla, lo presentó al rey, por quien fue aprobado con decreto de 8 de Mayo de este año de 1807, en el cual se leían estas palabras: «Con objeto de proveer á atencion tan interesante, puesto que las circunstancias de los tiempos no nos han permitido verificar el restablecimiento del Instituto y órden, que con tanto provecho

de las almas se ocupó incesantemente en las misiones y predicacion, hemos resuelto llevar á cabo interinamente la ereccion de un seminario de sagrados obreros, cuyo plan ha aprobado y recomendado de un modo particular el Emmo. Sr. cardenal arzobispo Cadello.»

Luégo ordena que dicho seminario se establezca en la casa de San Miguel de Cagliari y tenga por superior y cabeza al R. P. Antonio José Regonó, con asistencia de cuatro consultores escogidos de entre los más ancianos, que tengan á su cargo las misiones así en la capital como en los pueblos, y los ejercicios espirituales, y la direccion de las escuelas del colegio de Santa Teresa, y finalmente que se puedan admitir nuevos operarios, los cuales, á beneplácito del Superior, se ligen con votos simples.

Esto fue lo que se creyó deberse hacer por entonces para dar principio disimuladamente á la obra proyectada; y al momento se envió á Roma un traslado del decreto, acompañado de carta al P. Pignatelli, en la que D. Félix Botta, teólogo y confesor del rey, le habla en estos términos: «Adjunta va la real cédula, con la que se da el primer paso para el restablecimiento de la Compañía. V. P. Rvma. observará en ella cuáles son las religiosas miras de mi augusto Señor, y espero que se decidirá á coadyuvar á esta obra, á fin de que la veamos llevada á colmo. Serían casi inútiles los deseos de S. M., si V. P. Rvma. no procurare á la Cerdeña tres Padres llenos del espíritu del Instituto para el planteo y direccion de escuelas, educacion de novicios y ministerio de predicar. No desconfío que S. M. tendrá el gusto de ver que V. P. Rvma. toma parte en sus desvelos por el bien de sus vasallos, y que yo tendré la satisfaccion de asegurarle que pronto vendrán á Cagliari los deseados sujetos.»

Así se explicaba el confesor del rey; y el P. Regonó hacía poco más ó menos la misma instancia, pidiendo personalmente á los PP. Luis Fortis, Ángel Mai y Juan Bautista Piaciani, y además un buen maestro de novicios. No estaba ajeno el Padre Pignatelli de enviar, si no los dichos sujetos, que le hacían suma

falta, algunos otros que auxiliasen á aquella vice-provincia, cuyo gobierno, después de la muerte del P. Piras, ocurrida un mes ántes de la publicacion del decreto, pesaba por entero sobre el P. Regonó; pero revueltas de allí á poco las cosas de toda Italia, é interceptado el paso de mar y tierra por las tropas extranjeras, que la cruzaban en todas direcciones, no tuvo medio de verificarlo, y ni siquiera pudo recibir cartas ó noticias de la isla. Se hubieron, pues, de contentar aquellos Padres con lo que tenían, y vivir con sus propios recursos sin poder recibir de Roma el menor auxilio.

Á más del seminario de San Miguel, que se conservó y aumentó con algunos nuevos operarios, siguieron dirigiendo las escuelas y los ejercicios espirituales en la casa de Santa Teresa; y seis de ellos enseñaron las ciencias en las dos universidades del reino. Satisfechos con la suerte de haber sido incorporados nuevamente en la Compañía, miraban como una nonada los padecimientos y trabajos de su ministerio; y verdaderamente no se requería menos que su acendrado amor á la vocacion para resistir á tan grave peso, no obstante su extremada decrepitez y habituales indisposiciones y achaques. Es cosa que mueve á compasion el informe que de todos ellos envió el P. Piras; y quiero reproducirlo aquí en su mismo texto latino por conclusion de esta materia y en elogio y recomendacion de aquellos santos varones, que sin cuidar para nada de sí mismos, no supieron amar hasta el último de sus días otra cosa que la salvacion de las almas y la gloria de la Iglesia¹.

Y basta lo dicho sobre la Cerdeña y la solicitud y cuidado que le mereció al P. Pignatelli. Solo añadiré que el P. Regonó permaneció allí casi hasta el universal restablecimiento de la Compañía. Consérvase una carta suya escrita en Cágliari á 4 de

¹ *Omnes isti, satis graciles vel debiles, ac fere omnes infirma sunt valetudine. Alii enim magnam virium, vel visus, vel capitis debilitatem vertiginisque, doloresque in eo quotidianos et acerbos; alii herniam, alii podagram, alii tussim molestissimam, alii hydropisim, alii calculos, alii mala chronica sustinent in multa patientia.*

Marzo de 1813, en la que da cuenta de su persona al P. Prepósito General.

Esto pasaba en Cerdeña: al mismo tiempo en Roma el Venerable ejercitaba su caridad con un desgraciado, á quien le unían los vínculos del parentesco. El día 7 ú 8 de Agosto de este año de 1807, libre ya de su prision el general Pignatelli, soldado fidelísimo á su rey, tuvo que abandonar su patria, y se refugió en Albano¹. Al saber el P. Pignatelli la llegada de su sobrino á aquel pueblo, corrió inmediatamente allá el día 9 para prodigarle los consuelos de que en tanta desventura necesitaba, y mostrarle el agradecimiento que á la condesa hija, no menos que á la madre, debía, por las obras de caridad ejercitadas en Nápoles con la Compañía en los principios de su restauracion en aquel reino.

Y no era menor el celo con que atendía al bien de sus hijos. Notable fue el cuidado que puso en que los jóvenes estudiantes en el colegio de Orvieto aprovecharan en sus estudios: esto llamaba con preferencia su atencion, como lo manifestó en primer lugar en la eleccion de profesores los más ilustrados. Para la formacion en la elocuencia latina y griega les había enviado al P. Fortis y al español P. Roca, muy versado en la lengua griega particularmente; para las ciencias sagradas al P. Roque Menchaca, español; al P. Vicente Zauli para la teología moral, y al P. Pedro Montero, español tambien, hombre muy versado en la lengua hebrea. Así lo testifica el P. Luis Ferrarini²; y D. Luis Pancaldi, que estudió en aquel colegio, dice³ que «des envió los cursos de Física, Química y Matemáticas, que se enseñaban en los liceos de París; y en 1807 dio á aquellos jóvenes el más distinguido profesor que tenía la Compañía en materia de estudios modernos, que fue el P. Fortis; el cual no solamente enseñó bellas letras, sino tambien Filosofia, Química y Matemáticas.»

¹ P. LUENGO, *Diario*, Tomo 41, pág. 347.

² *Process. Rom.*, fol. 999.

³ *Ibid.*, fol. 842.

Por deber de su oficio visitó el P. Pignatelli varias veces el colegio de Tivoli, y una el de Orvieto: y era indecible el consuelo que la vista del Superior causaba á aquellos Padres. «En el diario del colegio de Orvieto, que tengo á la vista,» dice el P. Boero, «está notado el arribo del Siervo de Dios con estas palabras: «Á 12 de Setiembre de 1807 llegó esperado y deseado por mucho tiempo nuestro P. Provincial, José Pignatelli, en compañía del P. Luis Panizzoni. Le recibimos en la portería; y para sumo consuelo nuestro se detuvo unos diez días en esta casa.»

Y no solo estos de Orvieto, sino cuantos le trataron algun tiempo, nos han dejado por escrito el recuerdo de la gran pena que les causaba la ausencia de tan buen Padre y de la viva conmocion de sus almas siempre que se ponían en su presencia de nuevo y podían gozar de ella por algun tiempo y á su gusto.»

Durante los días que estuvo en Orvieto, atestigua uno que vivía pared por medio de su cuarto, que despertándose á menudo de noche, oía siempre al P. Pignatelli prorrumpir en desahogos y afectos ternísimos de caridad. Tambien en Roma una mañana entró en su aposento el H. Santiago Annoni, que era el despertador; y el P. José, que estaba de rodillas delante de su ventanita, se sacudió de pronto, y le preguntó qué se le ofrecía: respondió el Hermano, que era la hora de levantarse la comunidad. Replicó el Padre: «Cómo ¿tan pronto?» De donde coligió el Hermano que el Padre había velado en oracion toda la noche.

La ventanita, de que habla el H. Annoni, es la que abrió el Venerable en la pared de su aposento, que daba á la iglesia, para poderse poner á orar ante Jesús sacramentado siempre que las ocupaciones se lo permitieran, como había hecho en Colorno. Allí se pasaba muchas horas del día y á veces las noches enteras en fervorosa oracion.

CAPÍTULO IV

Suplica en vano que se le exonere del oficio de Provincial. — El Padre Pignatelli y Carlos Manuel, rey de Cerdeña. — Testimonio del cardenal Odescalchi. — Estima en que le tiene el Ven. Vicente Strambi. — Su paciencia y caridad. — Quiere Pío VII hacerle cardenal. — Los franceses en el estado de la Iglesia. — Ministerios de los Padres en Roma. — Desgraciado fin de Paccanari. — Cuidado de los presos. — Desinterés del Siervo de Dios. — Envía socorros á sus hermanos de Ferrara. — Socorre á los encarcelados por no jurar fidelidad al intruso rey de España. — Alcanza la libertad á los de Orvieto. — Defiende á los suyos ante el comisario y el general Miollis. — Estado de la Provincia napolitana. — Elogio de su Provincial. — El conde de Floridablanca reconoce al fin las injusticias hechas contra la Compañía, y quiere repararlas.

1807 — 1808

Aunque tan patentes eran las extraordinarias dotes y virtudes del P. Pignatelli, él se reputaba inepto é incapaz, falto de virtud y prudencia para dirigir á otros y manejar los negocios de la Compañía en tan difíciles tiempos; y solía decir con gran sentimiento de humildad, que él no servía sino para hacer abortar las obras y empresas de gloria de Dios, que siempre concluirían mal en sus manos. Así es que en este mismo año de 1807 renovó las instancias hechas en otras ocasiones al P. General para que le descargase del gobierno; y las acompañó con tal aparato de razones, que le parecía haber de ser muy eficaces